

Plain and Parochial Sermons, VIII, I  
 Predicado en Santa María Virgen, Oxford, el 30 de octubre de 1836.

## LA REVERENCIA EN EL CULTO

*Samuel estaba al servicio del Señor, siendo un niño,  
 vestido con efod de lino. (1 Sam 2,18)*

Samuel, considerando su lugar en la historia sagrada, es decir, en el curso de acontecimiento que conectan a Moisés con Cristo, aparece como un gran gobernante y maestro de su pueblo; este es su carácter prominente. Fue el primero de los profetas, y aún así, cuando leemos el relato sagrado en el cual se nos presenta su vida, me figuro que los pasajes más notables e impresionantes son los que lo representan en el oficio que le correspondió desde su nacimiento, como levita o ministro de Dios. Fue tomado desde el principio al servicio especial delante de Dios, vivió en su Templo, más aún, siendo todavía un niño, fue honrado con la vestimenta de una función sagrada, como nos dice el texto: “estaba al servicio del Señor, siendo un niño, vestido con efod de lino”.

Su madre lo había “entregado al Señor por todos los días de su vida” (Sam 1,11), con un voto solemne hecho antes de su nacimiento, y si en alguno se cumplieron las palabras del salmista fue en él: “Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre” (83, 5).

Una vida tan permanente en la casa de Dios produciría pensamientos comunes sólo familiares con las cosas santas e irreverentes, pero cuando está presente la gracia de Dios en el corazón el efecto es el inverso, como podemos estar seguros que fue el caso de Samuel. Se nos dice que “el Señor estaba con él”, y por eso cuanto más veía los signos de ese Señor más reverente se volvía, no más presumido. Cuanto más conocía a Dios más grande sería su reverencia y santo temor.

De aquí que la primera noticia que tenemos de su ministerio delante del Señor nos recuerda la educación y gravedad necesarias en todo momento y en toda persona al acercarse a Él. “Estaba al servicio del Señor, siendo un niño, vestido con efod de lino”. Su madre le había hecho anualmente un pequeño saco para su uso común, pero en el servicio divino no usaba esto sino una vestimenta que expresaría reverencia e impresionaría en él.

Y de igual modo, en su vejez, cuando Saúl mandó buscar a David en Nayot, donde estaba Samuel, sus mensajeros encontraron a Samuel y sus profetas en orden reverente. “Vieron al grupo de profetas en trance de profetizar con Samuel a la cabeza”. Y esta fue una visión tan impresionante que se convirtió en instrumento del poder sobrenatural de Dios hacia ellos y profetizaron también (1 Sam 19, 18-21).

Por otra parte, si queremos un ejemplo de falta de reverencia lo tenemos en el mismo Saúl, el rey réprobo, que cuando estaba de camino a Nayot y fue visitado por el Santo Espíritu de Dios no recibió en seguida el vestido de salvación, ni fue revestido en la justicia, sino que se portó de modo indecoroso e insensato, como alguien cuya destitución y vergüenza hubiesen sido descubiertas por aquella visita. Se sacó sus ropas y profetizó delante de Samuel, tirado en tierra todo aquel día y toda aquella noche. (1 Sam 19, 22-24)

Vemos esta diferencia aún hoy día en personas que profesan la religión, algunos como Samuel, otros como Saúl, algunos (como si fuera) quitándose sus vestidos y profetizando de modo desordenado y extravagante, otros como ministros delante del Señor, “vestidos con un efod de lino”, con “sus lomos ceñidos y sus lámparas encendidas” como hombres que esperan

con temor la llegada de su grande y glorioso Juez. Entiendo por los últimos los verdaderos hijos de la Santa Iglesia Católica, y por los primeros los herejes y cismáticos<sup>1</sup>.

Ha habido desde el principio estas dos clases de cristianos, los que pertenecen a la Iglesia y los que no. Nunca hubo un tiempo desde la época de los Apóstoles en que la Iglesia no existiera, y en que no se encontraran hombres que prefirieran algún otro modo de culto que el de la Iglesia. Siempre han existido estas dos clases de profesos cristianos: cristianos de Iglesia y cristianos no de Iglesia, y es notable, digo, que mientras por un lado la reverencia a las cosas sagradas ha sido característica de los cristianos de Iglesia en general, la falta de reverencia ha sido característica general de los cristianos no de Iglesia. Unos han profetizado según la figura de Samuel, los otros según la de Saúl.

Por supuesto, hay muchas excepciones a esta observación en el caso de individuos. No estoy hablando de personas incongruentes y de casos excepcionales, en la Iglesia o fuera de ella, sino de aquellos que desfiguran lo que profesan. Quiero decir que los miembros celosos, serios y fieles de la Iglesia ha sido generalmente reverentes, y que los miembros celosos, serios y fieles de otros cuerpos religiosos han sido generalmente irreverentes. Habrá reales excepciones en el caso de individuos de los que no podemos decir nada, pero me refiero a que, *en general*, encontraremos que esa reverencia es una de las notas o señales de la Iglesia, aunque puede ser que algunos individuos que, no obstante haberse mantenido fuera de ella, no hayan quedado sin ese espíritu reverencial.

Ciertamente, es tan natural la conexión entre un espíritu reverente en el culto a Dios y la fe en Dios, que lo que asombra es que alguien pueda ni por un momento imaginar que tiene fe en Dios y aún así permitirse ser irreverente hacia El. Creer en Dios es creer en el ser y la presencia de Uno que es santísimo, todopoderoso y misericordioso. Cómo puede un hombre creer realmente esto y aún así obrar como liberado de El, es casi una contradicción. De aquí que incluso las religiones paganas han considerado siempre idénticas la fe y la reverencia. Creer y no reverenciar, dar culto con excesiva familiaridad y a gusto, es una anomalía y un hecho asombroso desconocido aún para las religiones falsas, ni qué decir de la verdadera. No solamente las religiones judía y cristiana, que vienen directamente de Dios, inculcan el espíritu de “reverencia y santo temor”, sino también aquellas otras religiones que han existido, o existen, en oriente o en el sur. Las formas de culto, tales como doblar la rodilla, sacarse los zapatos, guardar silencio, vestir ropas prescritas, y cosas por el estilo, se consideran necesarias para un debido acercamiento a Dios. El mundo entero, que difiere acerca de tantas cosas en cuanto a creencia y regla de vida, sin embargo, coincide en que siendo Dios nuestro Creador es el deber de todo hombre por ser su criatura cierto abajamiento, que El está en cielo y nosotros en la tierra, que El es glorioso y nosotros gusanos de la tierra e insectos de un día.

Pero aquellos que se han separado de la Iglesia de Cristo han caído en esto en un error mayor que el pagano. Se puede decir de ellos que son una excepción a la voz concordante del mundo entero, siempre y en todas partes, que rompen el voto unánime de la humanidad, y determinan, al menos por su conducta, que la reverencia y el respeto no son deberes religiosos primarios. Han considerado de un modo u otro, sea como un favor de Dios o por propia iluminación, que al acercarse tanto a Dios no tienen nada que temer ni poner ninguna contención en lo que dicen o piensan cuando se dirigen a El. Han considerado que el temor es una superstición y la reverencia una esclavitud. Han aprendido a ser familiares y libres con las cosas sagradas, como si fuera un principio. Pienso que esto está confirmado por los hechos y es sustancialmente verdadero en sí mismo para quienes preguntan, si bien un hombre puede diferir de otro en las palabras con que expresaría el hecho mismo.

---

<sup>1</sup> Newman está hablando por un lado de la Iglesia Alta Anglicana, y por otro de las otras denominaciones de tendencia protestante en el ámbito inglés, tales como el evangelismo, que no observaban las normas litúrgicas con el respeto y reverencia propios de la gran tradición anglicana, que el Movimiento de Oxford veía como uno de los objetivos de la reforma emprendida.

Samuel era un niño que nunca se apartó de Dios sino que siempre le sirvió por su gracia. Tomemos un ejemplo bien diferente, el de un pecador penitente como el que se nos muestra en la parábola del fariseo y el publicano. No necesito decir que, de los dos, el publicano fue el que más agradó a Dios, mientras que el fariseo no fue aceptado por El. ¿Y qué hizo el fariseo? No fue tan lejos como para obrar de modo indecoroso o extravagante, fue grave y solemne, pero sin embargo lo que hizo fue suficiente para disgustar a Dios, porque se encargó demasiado de sí mismo, pensó demasiado en sí mismo. Aunque grave y solemne no fue reverente, habló de modo arrogante y orgulloso, haciendo un largo discurso, agradeciendo a Dios no ser como los demás hombres y despreciando al publicano. Esa fue la conducta del fariseo, pero la del publicano fue muy distinta. Observad cómo llegó a dar culto a Dios: “manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que golpeaba el pecho diciendo: ‘¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy un pecador!’” (Lc 18,13). Veis que sus palabras fueron pocas y casi entrecortadas, y toda su actitud humilde y reverente. Sintió que Dios estaba en el cielo y él en la tierra, que Dios es santísimo y todopoderoso y él un pobre pecador.

Ahora bien, todos nosotros somos pecadores, todos tenemos necesidad de llegar a Dios como hizo el publicano. Si cada uno busca en su corazón, mira su conducta y trata de cumplir con su deber, encontrará que está lleno de pecados que provocan la ira de Dios. No quiero decir que todos los hombres son igualmente pecadores; algunos son pecadores deliberados y no hay esperanza para ellos hasta que se arrepientan; otros pecan pero tratan de evitar el pecado, le piden a Dios que los haga mejores y llegan a la iglesia para ser mejores. Pero todos los hombres son suficientemente pecadores como para actuar como el publicano. Cada uno debe venir a la iglesia como hizo el publicano para decir de corazón: “Señor, no soy digno de entrar a este sagrado lugar, mi única defensa son los méritos de Jesucristo mi Salvador”.

Entonces, cuando un hombre entra a la iglesia, como hacen muchos, a la ligera y familiarmente, pensando en sí mismo, no en Dios, se sienta fría y tranquilamente, y no dice ninguna oración, y oculta su rostro por formalidad<sup>2</sup>, y está sentado todo el tiempo, ni parado ni arrodillado, y luego mira alrededor para ver quién está en la iglesia y quién no, y se acomoda bien en su asiento, y usa el reclinatorio solamente para poner sus pies encima, en fin, viene a la iglesia no como a un lugar para encontrarse con Dios y sus santos ángeles sino para ver lo que debe ser visto con los ojos corporales y oír lo que debe ser oído con los oídos corporales, y luego va y juzga el sermón libremente y dice “no me gusta esto o lo otro”, o “ese es un buen argumento pero aquel es malo”, o “no me gusta esta persona tanto como eso”, y así sucesivamente, cuando actúa en todo como si estuviera en su casa y no en la Casa de Dios, todo lo que puedo decir es que se atreve a hacer en la presencia de Dios lo que ni los Querubines y Serafines osarían hacer, pues ellos cubren sus rostros y, como si no se atrevieran a dirigirse a Dios, le alaban unos a otros, en pocas palabras, y repiten continuamente diciendo ‘Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los Ejércitos’.

Lo que he dicho es suficiente para sugerir lo que es dar culto a Dios de modo aceptable, esto es, “con reverencia y santo temor”, como dice San Pablo. No debemos proponernos las formas por sí mismas, pero debemos pensar dónde estamos, y entonces las formas aparecerán naturalmente en nuestro culto. Debemos actuar en todo sentido como si viéramos a Dios, es decir, si creemos que Dios está aquí, guardaremos silencio, no reiremos, no charlaremos, ni susurraremos durante la celebración, como hacen muchos jóvenes, no nos miraremos unos a otros. Seguiremos el ejemplo que nos da la misma Iglesia, quiero decir, así como las palabras que usamos al rezar en la iglesia no son nuestras, que tampoco lo sean nuestras miradas, o nuestras posturas, o nuestros pensamientos. En palabras del profeta, que no “sigamos nuestros caminos” allí, que no “encontremos nuestro propio gusto” ni “digamos nuestras propias

---

<sup>2</sup> Es costumbre en la piedad anglicana este gesto luego de sentarse para ponerse en presencia de Dios y pedir perdón por los pecados.

palabras”, a imitación de todos los Santos antes que nosotros, incluyendo a los Santos Apóstoles, que nunca dijeron sus propias palabras en el culto solemne sino las que les enseñó Cristo, o el Espíritu Santo, o el Antiguo Testamento. Esta es la razón por la que siempre oramos desde un libro en la Iglesia. Los Apóstoles le dijeron a Cristo “Señor, enséñanos a orar”, y nuestro Señor misericordiosamente le dio la oración llamada Oración del Señor<sup>3</sup>. Por la misma razón debemos también usar la Oración del Señor, y usar los Salmos de David y de otros hombres santos, y los himnos que nos da la Escritura, pensando que es mejor usar las palabras de profetas inspirados que las nuestras. Y por la misma razón usamos un número de peticiones breves, tales como “Señor, ten piedad de nosotros”, “Oh Señor, salva a la Reina”, “Oh Señor, abre nuestros labios”, y otras, sin usar muchas palabras, ni redondear nuestras frases, ni permitirnos extender nuestra oración.

De este modo, todo lo que hacemos en la iglesia está realizado según el principio de la *reverencia*, con el pensamiento de que estamos en la presencia de Dios. Pero las personas irreverentes, no entendiendo esto, cuando entran a la iglesia y no encuentran allí nada impresionante, cuando ven que todo se lee de un libro, de modo calmo y reposado, y sobre todo cuando vienen por segunda o tercera vez y encuentran todo igual, siempre de nuevo, se ofenden y cansan. “No hay nada que les anime y entusiasme” dicen. Piensan que el culto a Dios es sombrío y pesado, si puedo usar tales palabras, pues no vienen a la iglesia para honrar a Dios sino para satisfacerse ellos mismos. Quieren algo nuevo. Piensan que las oraciones son largas, y desean que haya más predicación, y con oratoria impresionante, alta voz y estilo florido. Y cuando observan que los fieles son serios y templados en su modo de ser, y no miran ni hablan ni se mueven como hacen a su gusto puertas afuera, o en sus casas, entonces (si son muy profanos) los ridiculizan como flojos y supersticiosos.

Ahora bien, ¿no es evidente que los que están así cansados, hastiados, e impacientes en nuestro culto sagrado aquí abajo, estarán ciertamente cansados y hastiados arriba en el cielo? Porque allí los Querubines y Serafines “no descansan ni de día ni de noche” diciendo “Santo, Santo, Santo es el Señor Dios Todopoderoso”. Así también será lo que hagan los Santos en la gloria, ya que se nos dice que habrá una gran voz de multitudes diciendo Aleluya, y nuevamente Aleluya, y lo mismo los veinticuatro ancianos, y una voz como de muchas aguas y un poderoso estruendo que dice Aleluya. También este fue el modo de nuestro Señor cuando en su agonía repitió tres veces las mismas palabras, “Que se haga Tu voluntad, no la mía”. Usar una sola forma de culto es la delicia de todos los seres santos que están delante del Trono, no se cansan, es siempre un nuevo gozo decir las mismas palabras de vuelta. Ellos no están nunca cansados, pero seguramente pronto se cansarían de escucharlos en vez de tomar parte en su canto glorioso todas aquellas personas que ahora están hastiadas en la iglesia, y buscan algo más atractivo y entusiasta.

Que todas las personas tengan por cierto, y estén seguros de antemano, que si vienen a la iglesia a introducir sus corazones en formas nuevas y extrañas y sus sentimientos conmovidos y agitados, vienen por algo que no encontrarán. Deseamos que se unan a los Santos y a los Ángeles en adoración a Dios, que digan con los Ángeles “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los que ama el Señor”, que digan según la enseñanza del Señor y Salvador “Padre nuestro que estás en el cielo” y lo que sigue, que digan con Santa María “Mi alma canta la grandeza del Señor”, con San Simeón “Señor, ahora puedes dejar a tu siervo irse en paz”, con los tres jóvenes que fueron echados al horno de fuego, “Que todas las obras del Señor bendigan al Señor, que le alaben y canten su grandeza por siempre”, con los Apóstoles “Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo su Único Hijo nuestro Señor y en el Espíritu Santo”. Nosotros queremos leerles las palabras inspiradas de la Escritura y explicarles su doctrina seriamente según su norma. Esto es lo que queremos decir

---

<sup>3</sup> El Padrenuestro.

una y otra vez: “Señor, ten misericordia”, “Te suplicamos nos escuches, Señor”, “Buen Señor, líbranos”, “Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo”. Todas las creaturas santas están alabando a Dios continuamente, no las oímos, pero están alabándole y rezándole. Todos los Ángeles, la gloriosa compañía de los Apóstoles, la bondadosa compañía de los Profetas, el noble ejército de los Mártires, la Santa Iglesia universal, todos los hombre buenos en toda la tierra, todos los espíritus y las almas de los justos, todos nuestros amigos que murieron en la fe y el temor de Dios, todos están alabando y orando a Dios. Nosotros venimos a la iglesia para unirnos a ellos, porque nuestras voces son débiles, nuestros corazones muy terrenales, nuestra fe muy floja. Ciertamente no merecemos venir. Considerad qué gran favor es que se nos permita unirnos en las alabanzas y oraciones de la Ciudad del Dios viviente, siendo pecadores tales; no se nos permitiría venir si no fuera por los méritos de nuestro Señor y Salvador. Miremos fijamente la cruz, esa es la señal de nuestra salvación. Recordemos el sagrado nombre de Jesús por el cual fueron echados los demonios antiguos. Estos son los pensamientos con los cuales deberíamos venir a la iglesia, y si llegados un poco antes del comienzo de la celebración y queremos pensar en algo, debemos mirar, no quien llega y cuando, sino al mismo edificio, que nos recuerda muchas cosas buenas, o mirar el Libro de Oraciones<sup>4</sup> en pasajes tales como el Salmo 84 que dice: “¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los Ejércitos! Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor, mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo” (84, 2-3).

Tal ha de ser nuestra conducta y nuestros pensamientos en la iglesia si somos verdaderos cristianos, y he estado haciendo esta descripción de ellos no sólo a causa de los que no son reverentes sino por aquellos que tratan de serlo, por todos nosotros que tratamos de venir a la iglesia sobria y tranquilamente, para que sepamos porqué lo hacemos, y podamos tener una respuesta si alguien nos pregunta. Tal será nuestra conducta incluso cuando estamos fuera de la iglesia. Quiero decir, que aquellos que vienen una y otra vez a la iglesia de este modo humilde y celestial, encontrarán el efecto de eso mismo, con la ayuda de la gracia de Dios, en sus diario caminar. Cuando Moisés bajó del Monte Sinaí, donde había estado cuarenta días y cuarenta noches, su rostro resplandecía y deslumbraba al pueblo, de modo que se vio obligado a ponerse un velo. Tal es el efecto de la gracia de Dios en los que llegan a la iglesia en la fe y el amor: su modo de actuar y hablar, su misma manera y conducta, muestran que han estado en la presencia de Dios. Son siempre sobrios, alegres, modestos, serios y formales. No desacreditan su fe, no toman el nombre de Dios en vano, no usan un lenguaje apasionado, no mienten, no bromean de modo indecente, no usan palabras vergonzosas, mantienen cerrada su boca. Han guardado su boca en la iglesia y evitado la temeridad, de modo que les es fácil hacerlo en el hogar. Tienen rostros brillantes, sonrientes y agradables. No expresan una gravedad fingida, como los hipócritas de los que habla Cristo que ponían cara triste, sino que son calmos y naturales, y sin proponérselo no pueden dejar de mostrar en su apariencia, voz y modales, que son hijos dilectos de Dios y que llevan consigo Su gracia. Son civilizados y serviciales, amables y amigables, no envidiosos ni celosos, no pendencieros ni rencorosos ni resentidos, no egoístas ni codiciosos, no avaros, no amantes del mundo ni temerosos del mundo, ni de lo que el hombre pueda hacer contra ellos.

Tales son los que adoran a Dios en espíritu y en verdad en la Iglesia, le aman y le temen. Y además de los que profesan amar sin temor, hay dos tipos de personas que son insuficientes: el peor es el de aquellos que ni temen ni aman a Dios, y el otro el de los que le temen pero no le aman. Existen en todas partes algunas personas audaces, orgullosas y descontentas, que, tanto como pueden, hablan contra la religión en conjunto, no vienen a la iglesia, o si lo hacen vienen para ver lo que pasa, no para adorar. Son los que ni aman ni temen. Pero el tipo más común de personas es el de las que tienen una suerte de temor de Dios sin amor a El, que

---

<sup>4</sup> Prayer Book, el libro anglicano que contiene todos los sacramentos, el credo, el catecismo y las oraciones del cristiano.

sienten y saben que algunas cosas están bien y otras mal, pero no adhieren al bien, que son concientes de pecar de vez en cuando y voluntariamente, que tienen una conciencia intranquila, que temen morir, que tienen una suerte de sentimiento serio acerca de las cosas sagradas, que reverencian a la Iglesia y sus preceptos, que se sentirían conmovidos ante una impiedad abierta, que no se mofan del bautismo, mucho menos de la santa comunión, pero, aún así, no tienen un corazón para amar y obedecer a Dios. Hermanos míos, me temo que este sea el estado de algunos de vosotros. Mirad si estáis limpios del pecado de saber y confesar cuál es vuestro deber y, sin embargo, no cumplir con él. Si sois así y no os esforzáis en ser mejores, si no venis a la iglesia honestamente, para que la gracia de Dios os haga mejores, y luchar para serlo y cumplir con vuestro deber a fondo, no os aprovechará en nada ser reverentes en vuestras maneras e incluso venir regularmente a la iglesia. Dios odia el culto de meras palabras y pide el que brota del corazón. Una persona puede hacer reverencias, arrodillarse y parecer religioso, pero no estar del todo más cerca del cielo, a menos que trate de obedecer a Dios en todas las cosas, y cumplir con su deber. Pero si se esfuerza honestamente en obedecer a Dios, entonces sus maneras externas serán también reverentes, y las formas amables se le harán naturales, y los preceptos santos que le vienen de la Iglesia le vendrán al mismo tiempo de su corazón, serán parte de él mismo, y ni pensará en prescindir de ellos como no prescindiría de sus vestidos ordinarios, más aún, como no podría prescindir de la lengua para hablar o la mano para hacer. Este el verdadero modo de ser devotos en nuestro culto, no tener sentimientos sin actos o actos sin sentimientos, sino ambos para actuar y sentir, para ver que nuestros corazones y nuestros cuerpos se ofrecen ambos en sacrificio, y llegan a ser una cosa. El corazón gobierna nuestros labios y hace que el hombre entero sirva a Aquel que ha redimido a todo el hombre, cuerpo y alma.